

PARTI TERZA

DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES QUE PERTENECEN AL ESTADO RELIGIOSO

DE LOS

En la primera y segunda parte de esta obra... habemos tratado materias...

Thomas Rodriguez

...que en el siglo de legu y guano el grande...

TRATADO PRIMERO

Del fin de Instituto de la Compañia de Jesus, y de algunos medios que nos ayudaran a conseguirle, muy provechosos para todos

CAPITULO I

Cuál sea el fin de Instituto de la Compañia de Jesus... Atiende á ti, y atiende á la doctrina...

re, y nos pide nuestro Instituto, que no nos contentemos con ayudarlo... Para esto fué instituida la Compañia...

(1) Atiende tibi, et doctrinae; insta in illis: hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos, qui te adiunt. I. ad Tim. IV, 10.

(1) Claud. Aquaviv. instructione pro Confessariis, 10. (2) Lib. 3, c. 15 de la Vida de N. P. S. Ignacio, B. del C., tomo XV. — II. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. II.

batos de los enemigos y á defender y ayudar á nuestros hermanos. Y para eso quiso que estuviésemos libres y desembarazados de coro y otros oficios y observancias semejantes, que nos pudiesen impedir este fin. La mies es mucha, y los obreros pocos (1). ¿Cómo nos sufrirá el corazón, que nuestros prógimos perezcan y se vayan al infierno, pudiéndolos nosotros socorrer? Dice San Crisóstomo: «Si veis que un ciego va á dar consigo en alguna hoya, le dais luego la mano: pues viendo cada día á nuestros hermanos puestos á pique de despeñarse en el abismo del infierno, ¿cómo nos podremos contener y dejar de darles la mano (2)?»

Aun de aquellos Santos Padres del desierto, que les había Dios llamado á la soledad, leemos en las Historias Eclesiásticas (3), que cuando veían la Iglesia afligida y perseguida de tiranos y hereges, y los fieles necesitados de doctrina y socorro, dejaban el reposo del Yermo, y rodeaban y discurrían por las ciudades, respondiendo á los hereges, y enseñando á los católicos y animándolos al martirio. Así se lee haberlo hecho el gran Antonio en tiempo de Constantino, y otro santo varón llamado Acepsemas, el cual había primero estado encerrado sesenta años, sin ver ni hablar á hombre nacido. Y de otros muchos leemos lo mismo. Uno de los cuales, llamado Afraates, dió al emperador Valente una respuesta maravillosa sobre este caso. Había este emperador mandado echar á los cristianos, no solo de los templos y ciudades, sino también de los montes, porque en ellos hacían sus procesiones, cantaban sus himnos y alababan á Dios. Este santo varón, posponiendo su reposo á la salud de los

(1) Quoniam messis quidem multa, operarii autem pauci. *Matth. IX, 37; Luc. X, 2.*

(2) *Crysost. hom. 16 ad populum.*

(3) *Euseb. part. 2, lib. 6, c. 3.*

fieles, dejó la cueva en que moraba, y púsose en trabajo de regir y guardar el ganado del Señor; y estando él en este cuidado, pasó un día por la casa del emperador y no faltó quien le dijo: «Aquel es Afraates, de quien todos los fieles hacen tanto caudal.» Mandóle llamar el emperador, y díjole: «¿dónde vas?» Respondió: «Voy á hacer oración por tu imperio.» Entonces dijo el emperador: «Mejor fuera que en tu casa oraras, como acostumbran los monges.» A lo cual respondió el varón prudentísimo: «Por cierto tú dices bien, que así convenia si tú dices lugar para ello, y así lo he hecho todo el tiempo que las ovejas de Cristo han gozado pacíficamente sus dehesas: mas ahora que están en gran peligro de ser robadas, ó comidas de lobos, hay necesidad de correr á todas partes para librarlas de la perdición. Dime, serenísimo príncipe, si yo fuera una delicada doncella y estando sentada en mi estrado labrando, viera arder la casa de mi padre ¿qué fuera justo que hiciera? ¿Por ventura fuera bien estarme quedada y por mi ternura disimular y despreciar la destrucción de la casa de mis padres, ó correr á buscar agua para apagar la llama? Yo creo, cierto dirás, que esto postrero es mas razonable. Pues así es lo que ahora pasa, ¡oh emperador! porque tú has puesto fuego á la casa de nuestro celestial Padre, y por tanto, los que hasta aquí reposábamos, ahora corremos con ansia para socorrer al peligro.»

San Crisóstomo, en una homilía que hace del cuidado que tenemos de tener de la salud de nuestros prójimos, trae otra comparación muy buena para esto. Los marineros, que navegan por ese mar grande y espacioso, aunque ellos vayan con viento próspero y con gran bonanza y seguridad, si ven á otros padecer naufragio, aunque sea de muy lejos, no mirando á su propia utilidad y provecho, se compadecen

de ellos, acércanse, paran, echan áncoras á su nave, amainan las velas, y comienzan á echar cabos y tablas, para que aquellos que se van á anegar puedan asir de alguna cosa de esas y salvarse. De esa manera habemos de hacer nosotros; porque todos navegamos por el mar grande y espacioso de esta vida presente, en la cual hay muchas olas y tempestades, muchas rocas y bajos, y así muchos padecen naufragio. Pues cuando viéredes, dice el Santo, que algún otro navegante pelagra entre las olas y tempestades de este mar, y que se va á hundir y anegar, dejad luego vuestros negocios, y socorred y remediad á vuestro prójimo, porque no sufre dilación la necesidad del que se comienza á anegar.

Pues para esto levantó Dios nuestro Señor la Compañía en tiempos tan calamitosos, para socorrer y ayudar á la particular necesidad que la Iglesia tenía, con grandísima providencia y singular clemencia suya. Los escritores de la Historia Eclesiástica notaron y advirtieron, y con mucha razón, que el mismo día que en Inglaterra nació Pelagio para pervertir y oscurecer con sus errores el mundo, ese mismo día nació en Africa aquel gran soldado de la Iglesia Católica Agustino, para deshacer con sus rayos y resplandor las tinieblas del malvado y perverso herege. Así nota muy bien el escritor de la vida de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio (4) que el mismo año en que aquel monstruo infernal de Martín Lutero, quitada ya la máscara, comenzó descubiertamente á publicar guerra contra la Iglesia Católica, predicando sus blasfemias y heregías, que fué el año de mil quinientos y veinte y uno: ese mismo año Dios nuestro Señor quebró la pierna á Ignacio en el cas-

(4) El P. Pedro de Ribadeneyra, lib. 2, cap. 18 de la Vida de N. P. S. Ignacio.—Coelius, Surius, Fontanus, et alii.

tallo de Pamplona, para sanarle, y de soldado desgarrado y vano hacerle su capitán, caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero. Para que por aquí se vea la providencia y clemencia del Señor, que siempre tuvo cuidado de enviar nuevos socorros y refrescos á su Iglesia en tiempo de sus mayores necesidades.

Prosigue allí muy bien y muy largamente este discurso el mismo autor, y va mostrando cómo cuando los Albigenses y otros hereges mas desapoderadamente turbaban la paz de la Iglesia de Dios, y las espigas de los vicios y maldades estaban mas crecidas y ahogaban la buena semilla que había sembrado el Sembrador celestial, envió Dios al mundo aquellos dos serafines y lumbreras del cielo, Santo Domingo y San Francisco, para que por sí y por sus hijos y discípulos resistiesen á los hereges, desarraigasen los errores, corrigiesen los pecados, reformasen las costumbres, alumbrasen y santificasen el universo con su admirable ejemplo y doctrina, como lo hicieron los Santos Padres, y hasta ahora lo hacen sus hijos. Las religiones de caballería y militares envió Dios nuestro Señor á su Iglesia al tiempo que por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester defenderla con las armas en la mano. Y lo mismo habemos de entender de las demas religiones, y particularmente de la Compañía de que ahora vamos tratando; porque en el mismo tiempo que comenzó la heregía de Lutero, que quitaba la obediencia al Papa, y negaba la verdad del Santísimo Sacramento del altar, y quitaba la confesión sacramental, en ese mismo levantó Dios la Compañía, que particularmente profesa obedecer al Papa, y hacen los profesos particular voto de eso, y que tiene también especial cuidado de predicar estos Santos Sacramentos de confesión y comunión, y de exhortar al pueblo á la frecuencia de ellos

y á la reformation de sus costumbres. Asi como el capitan general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algun alto mira con atencion el peso de la batalla, y á dónde y cuándo vé el peligro, allí provee; óntre ahora por el costado derecho una banda de caballos ligeros, éntre ahora por el izquierdo una manga de arcabuceria; así Cristo nuestro Señor, Capitan General de esta milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del cielo las necesidades de su Iglesia, y conforme á ellas ha ido enviando refresco de doctores y capitanías de religiones para reforzar su ejército. En lo cual resplandece mucho la providencia y misericordia del Señor, que con una mano dá ó permite la llaga, y con otra dá la medicina. Pues este es el fin é instituto de la Compañía. Y para esto nos ha llamado Dios á ella, como dice la Bula Apostólica de su confirmacion, para defender nuestra santa fé católica éntre los hereges, para dilatarla y estenderla éntre los gentiles, y para conservarla juntamente con buenas obras éntre los cristianos.

CAPITULO II.

De la excelencia de esta empresa de ganar almas, y de su grande mérito y valor.

Esta empresa de atender á la salvacion de las almas, es tan alta y tan subida, que para ella bajó el Hijo de Dios del cielo y se hizo hombre; y para ella escogió los Apóstoles, haciéndolos de pescadores de peces pescadores de hombres: no hay oficio mas alto que este, dice San Dionisio Areopagita: «El oficio y ministerio mas alto y mas divino que hay, es ayudar y cooperar juntamente con Dios á la salvacion de las almas (1).» Y San Crisós-

(1) Omnium divinorum divinissimum est coop-

tomo dice: «No hay cosa mas agradable á Dios, ni de que él tenga mas cuidado, que de la salvacion de las almas (1); como el Apóstol clama, y da voces que Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (2); y el Profeta Ezequiel dice: «¿Por ventura es mi voluntad la muerte del impio, dice el Señor Dios, y no que se convierta de sus vicios y viva (3)?» No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva para siempre. Todos querria el Señor que se salvaran. Y asi, el que ayuda á esto, hace la cosa mas alta y mas agradable á Dios de cuantas los hombres pueden hacer en esta vida. Dice San Crisóstomo: «Aunque deis á los pobres toda vuestra hacienda, y ella sea mas que las riquezas del rey Salomon y los tesoros de Creso, mas es convertir una sola ánima que todo eso (4).» San Gregorio dice que es mayor milagro convertir un pecador con la predicacion y con la oracion que resucitar un muerto (5). Y mas es, y mas lo estima Dios, que criar los cielos y la tierra. Si no, vedlo por el costo; porque criar los cielos y la tierra no le costó á Dios, sino decirlo: «Él lo dijo, y se hicieron; él lo mandó, y se criaron (6).» Pero esotro costóle mas que palabras; hizolo á costa de su sangre y vida. El Apóstol San Juan

rari Deo in salutem animarum. *Dionis. de caelest. hierar. cap. 3.*

(1) Nihil ita gratum est Deo, et ita curae, ut animarum salus. *Chrysost. hom. 3 et 40, super Genesim.*

(2) Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. *I. ad Tim. II, 4.*

(3) Nunquid voluntatis meae est mors impii, dicit Dominus Deus, et non, ut convertatur á viis suis, et viva? *Ezech. XVIII, 23.*

(4) Et si immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris, si unam converteris animam. *Chrysost. hom. 3. in I. ad Corint. primo.*

(5) Majus est miraculum praedicationis verbo atque orationis solatio peccatorem convertere, quam carne mortuum suscitare. *Greg. lib. 3. Dialogorum, c. 17 et hom. 29.*

(6) Ipse dixit, et facta sunt: ipse mandavit, et creata sunt. *Genes. 10; Ps. XXXII, 9; Ps. CXLVIII, 5.*

nos declara de cuánta estima es delante de Dios el emplearse en ganar almas; ó por mejor decir, el mismo Cristo, en aquellas palabras que de sí mismo dijo: «Por eso me ama mi Padre, porque doy y pongo mi vida por los hombres para tornarla á tomar resucitado, para que ellos tambien resuciten y vivan para siempre conmigo (1).» Ponderan aqui los Santos que no dijo, como pudiera: «por eso me ama mi Padre, porque en el principio crió por mí todas las cosas (2);» sino dice que por eso le ama su Padre, porque ponía su vida por la salud de las ánimas: para darnos á entender que no hay obra mas acepta y agradable á Dios que esta. En esta misma razon declara Santo Tomás aquello que un poco antes dijo el mismo Cristo: «Asi como mi Padre me conoce, asi yo conozco á mi Padre, y asi pongo mi vida por mis ovejas (3).» Dice que no solo quiere decir, «conozco yo á mi Padre con pleno conocimiento, como él á mí;» porque eso ya lo habia dicho, como parece en el capítulo once de San Mateo por estas palabras: «Ninguno conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo (4);» sino, asi como si preguntais acá á un buen hijo la razon de lo que hace, responde: «yo conozco á mi padre y sé (como si dijese) su gusto y voluntad;» asi Cristo nuestro Redentor habia dicho un poco antes que como buen Pastor moriria por sus ovejas, y como si le preguntaran: «¿por qué, Señor, ofreceis vuestro vida tan preciosa por cosa de tan poco valor y precio?» responde: «Yo conozco á mi Padre (5).» Como si dijera: «yo sé muy bien

la voluntad y gusto de mi Padre, y el amor que tiene á estas ovejas, y por eso doy de muy buena gana mi vida por ellas, porque sé que ese es el gusto y voluntad de mi Padre. Pues esto nos ha de hacer tambien á nosotros que nos empleemos de buena gana en la salud de las almas, saber que ese es gusto y contento de Dios y que ama su Divina Magestad mucho al que se emplea en eso. San Crisóstomo pondera tambien á este propósito lo que dijo Cristo nuestro Redentor á San Pedro, cuando habiéndole preguntado tres veces si le amaba, todas tres le replicó: «si me amas, apacienta mis corderos y mis ovejas.» Que fué decirle; «quiero que ejereites y declares el amor que me tienes, en ayudarme en este negocio de salvar las almas que yo redimí con mi Sangre.»

Entenderáse tambien la excelencia y alteza de esta obra, y lo mucho que agrada á Dios, por el premio grande que le corresponde; lo cual se puede ver primeramente en el mismo Cristo, porque por esta obra de dar su vida por los hombres, dice el Apóstol San Pablo (1), que le levantó, glorificó y ensalzó el Padre Eterno sobre todas las cosas; dióle un nombre, que es sobre todo nombre, al cual se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos. Lo mismo dice el Profeta David (2). Y el Profeta Isaías dice que porque puso su vida por los pecadores y padeció tantos trabajos por ellos, por eso le ensalzó y glorificó tanto el Padre Eterno (3).

San Gregorio, sobre aquellas palabras

(1) Propterea me diligit Pater; quia ego pono animam meam, ut iterum sumam eam. *Joann. X, 47.*

(2) Propterea me diligit Pater, quia in principio omnia per me creavit.

(3) Sicut novit me Pater, et ego agnosco Patrem, et animam meam pono pro ovibus meis. *Joann. X, 45.*

(4) Nemo novit Filium nisi Pater; neque Patrem quis novit nisi Filius. *Matth. XI, 27.*

(5) Ego agnosco Patrem. *Joann. X, 41.*

(1) Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur, caelestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris. *Ad Philip. II, 8.*

(2) De torrente in via bibet, propterea exaltabit eum. *Ps. CIX, 7.*

(3) Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longaevis. *Isaiae LIII, 10.*

del Apóstol Santiago: "El que hiciere convertir al pecador del error de su vida, librará de muerte su alma, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados (1)," dice: si librar á un hombre de la muerte corporal, que aunque ahora no muera, ha de morir mañana, merece grande premio y galardón; ¿qué premio y galardón merecerá el que libra un alma de la muerte eterna, y es causa para que viva en la gloria para siempre sin jamás poderla perder? Y así la Escritura divina no se contentó con decir (2) que tendrán la vida eterna los que predicán á Cristo y enseñan á los hombres el camino de su salvación; sino añade: "Resplandecerán como estrellas en aquella perpetuidad (3);" serán allá en el cielo como una luna ó como un sol. Y por el Profeta Jeremías dice Dios: "Si apartáredes lo precioso de lo vil," si apartáredes las almas, que yo tanto precio, de la vileza y bajeza del pecado, "sereis como mi boca (4):" es frasis que suelen comunmente decir, «quíerole como á mis ojos y como á mi vida:» pues de esa manera quiere Dios al que trata de convertir las almas y sacarlas de pecado. Es cosa muy preciosa delante de Dios un alma, y por eso estima tanto el ayudar á las almas.

De Santa Catalina de Sena se escribe en su vida, que cuando veía pasar por la calle algun predicador, salía de su casa y besaba con grande devoción la tierra que el predicador había hollado. Y preguntada por qué hacia esto, respondió que le había dado Dios nuestro Señor conocimiento de

(1) Qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus a morte, et operiet multitudinem peccatorum. *Jacob. V, 20.*—*Greg. lib. 19. Moral. c. 12.*

(2) Qui elucidant me vitam aeternam habebunt. *Ecl. XXIV, 21.*

(3) Qui ad justitiam erudunt multos, fulgebunt quasi stellae in perpetuas aeternitates. *Dan. XII, 3.*

(4) Si separaveris pretiosum a vili, quasi os meum eris. *Jerem. XV, 19.*

la hermosura de las almas que estaban en gracia, y por eso tenía por tan dichosos á los que entendían en este negocio que no podía dejar de poner la boca donde ellos ponían los pies y besar la tierra que hollaban.

Pues á esta dignidad y alteza nos ha levantado el Señor; para esto nos ha llamado y traído á la Compañía; este es nuestro fin é instituto, ser cooperadores de Dios en la cosa mas alta y mas divina, que es la salvación de las almas. Dice San Pablo: "Cooperadores de Dios somos. Téngannos los hombres por ministros de Cristo, y que distribuimos los misterios de Dios (1)." Oficio apostólico; oficio á que bajó del cielo el mismo Dios y por lo cual dió por bien empleada su sangre y su vida; oficio por el cual somos llamados hijos de Dios. "Bienaventurados los pacíficos, que serán llamados hijos de Dios (2)." Estos son los pacíficos que aquí dice el Sagrado Evangelio que son bienaventurados, porque serán llamados hijos de Dios. Dice allí San Gerónimo, Teofilato y otros, que pacíficos son, no solo los que tienen paz consigo, alcanzando victoria de sus pasiones, y los que hacen paces y amistades entre los prójimos, sino tambien aquellos que hacen paces y amistades entre Dios y los hombres, convirtiendo con su doctrina los pecadores y reconciliándolos con Dios. Pues bienaventurados estos pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios: porque ese fué el oficio del Hijo de Dios. Dice el Apóstol San Pablo: «Para eso bajó el Hijo de Dios del cielo á la tierra, para reconciliar los hombres con Dios, para hacer paces y amistades en-

(1) Dei enim sumus adiutores. Sic nos existimet homo, ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei. *I. Cor. III, 9.*—*I. ad Cor. IV, 1.*

(2) Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. *Matth. V, 9.*

tre Dios y los hombres (1).» Por eso le cantaron los ángeles en naciendo: "Gloria sea á Dios en los cielos, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (2)."

De aquí tenemos de sacar nosotros para nuestro aprovechamiento: lo primero, mucha afición y aplicación á nuestros ministerios, pues son tan altos y tan agradables á Dios y de tanto provecho para los prójimos; lo segundo, una confusión grande, de que nos haya llamado Dios á una cosa tan subida y levantada, siendo nosotros los que somos, y viendo que aun de mí solo no doy buena cuenta, y que sobre eso me haya encargado Dios y puesto en las manos la salud y perfección de otros. Este es un consejo maravilloso que nos da aquel varón apostólico y Padre nuestro San Francisco Javier, como soldado viejo y bien experimentado, en una carta que escribió á los Padres y hermanos de Portugal. Díceles: «aviso-os, hermanos míos, que no echeis mano del oficio y ministerios altos que teneis, ni de la buena opinión ni estima en que el mundo os tiene, sino para vuestra confusión, conforme á aquello del Profeta: "Exaltado me humillé y turbé (3)." Cuanto á mas alto estado y oficio os ha llamado Dios, tanto mas os habeis de humillar. Decía un Padre muy antiguo (4), y muy señalado en letras y virtudes, que cuando él consideraba el fin tan alto de la Compañía, y se miraba á sí, que se hallaba tan confuso, viéndose tan insuficiente y tan indigno para aquello, que no solo no le ensoberbecia el verse llamado para oficio tan levantado, sino que antes le era causa de confundirse y humillarse mas.

(1) Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quae in terris, sive quae in coelis sunt. *Ad Coloss. I, 20.*

(2) Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis. *Luc. II, 14.*

(3) Exaltatus autem humiliatus sum, et conturbatus. *Ps. LXXXVII, 16.*

(4) El P. M. Nadal.

Pues así lo tenemos de hacer nosotros. De esta manera no nos dañará el estado alto que tenemos, ni la opinión de santidad que tuviere de nosotros el mundo, ni la honra que por eso nos hiciere. Lo tercero, tenemos de sacar de aquí atender muy de veras á nuestro propio aprovechamiento; porque para tratar con los prójimos y aprovecharlos, es menester gran fundamento de virtud, como diremos despues.

CAPITULO III.

Que esta empresa es de todos los de la Compañía, y todos tienen mucha parte en ella, aunque no sean sacerdotes.

Porque podría por ventura alguno desconsolarse, pareciéndole que este fin, que hemos dicho, es solo de los sacerdotes que confiesan y predicán, y tratan inmediatamente estos ministerios con los prójimos; para consuelo de los que sirven y ayudan en los oficios temporales y exteriores, declararemos aquí cómo este fin y empresa es de todos los que están en la Compañía y no solo de los sacerdotes y de los que estudian, para que entiendan todos á qué se ordenan sus trabajos, cualesquiera que sean, y el valor y mérito de ellos; y así se animen mas á ellos. Todos nosotros hacemos un cuerpo, una religion y compañía, y el fin de todo este cuerpo y compañía es el que hemos dicho, que es, no solo atender á sí y á su propio aprovechamiento y perfección con la gracia del Señor, sino atender tambien á la salud y perfección de los prójimos. Pues para poder conseguir y alcanzar este fin propio de nuestra Religion, es menester que unos sean predicadores, otros confesores, otros lectores, y otros coadjutores que ayuden en los oficios exteriores: como en la guerra, para alcanzar la victoria, es menester que unos peleen